

NA
RRA
TIVA

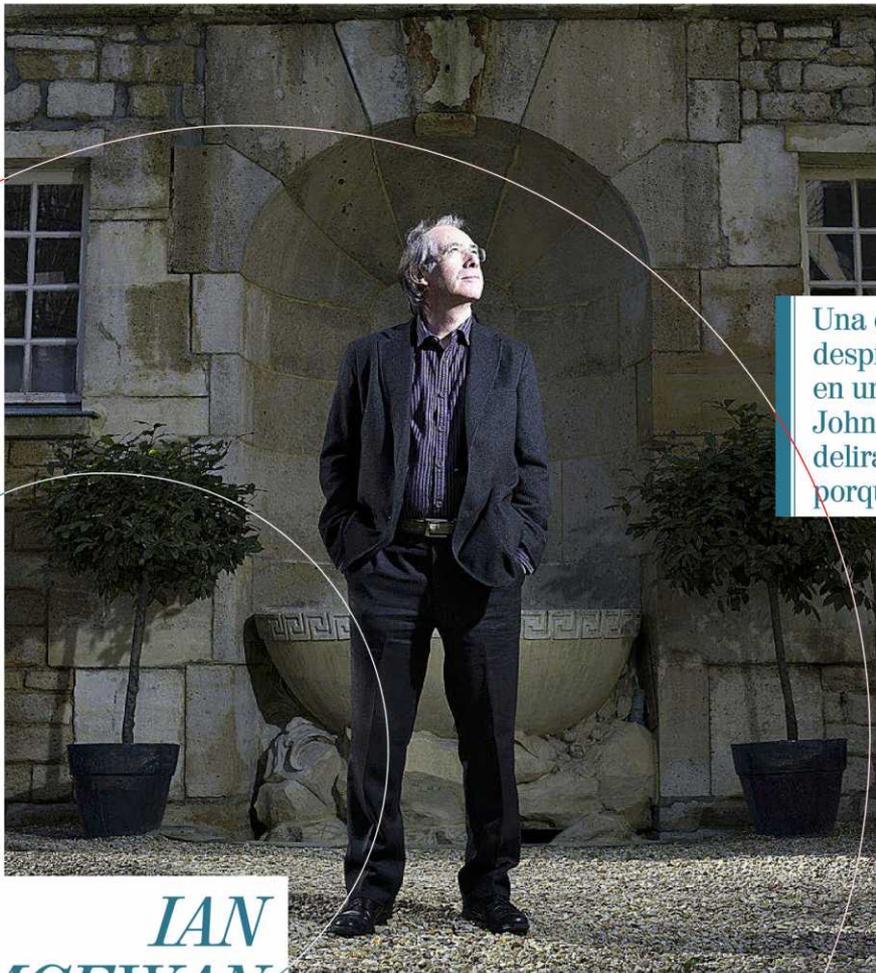
«Una mañana, al despertar de sueños intranquilos, Gregor Samsa se encontró en su cama convertido en un monstruoso bicho. Estaba boca arriba, sobre la dura coraza de su caparazón, y, si levantaba un poco la cabeza, podía ver su abovedado vientre, marrón y dividido por surcos arqueados... Sus muchas patas, patéticas en comparación a lo que habían sido sus piernas, se agitaban con impotencia ante sus ojos» (Franz Kafka).

«Aquella mañana, al despertar de un intranquilo sueño, Jim Sams, inteligente pero de ningún modo profundo, se vio convertido en una criatura gigantesca. Durante un rato largo permaneció de espaldas (no era su postura favorita) y miró con consternación sus lejanos pies y sus escasas extremidades. Solo cuatro, naturalmente, y del todo inmóviles. Las patitas morenas por las que sentía ya cierta nostalgia se habrían agitado alegres en el aire, aunque inútilmente» (Ian McEwan).

Son textos parecidos, sí, pero no iguales. Fascinan y repele. El primero de ellos, el del arranque de *La metamorfosis*, supone una «animalización del hombre: de tanto vivir bajo unas condiciones infrahumanas, Gregor Samsa se convierte en un escarabajo», dice el profesor y traductor en el prólogo del libro del escritor de Praga en la edición de Alianza. Y aclara esa transformación: «el envilecimiento al que el mundo contemporáneo somete al hombre puede hacer que una buena mañana uno se despierte transformado en un asqueroso bicho, en un híbrido que no es animal, ni hombre».

Ian McEwan. Todo lo contrario. Un animal se convierte en hombre. En las primeras páginas de *La cucaracha* (Anagrama) el lector asiste al comportamiento de un bicho que se deleita saboreando un trozo de pizza Margarita sin aceitunas cerca de un baño, se topa con varias boñigas aún calientes y comprueba que su cabeza puede girar 180 grados con escaso esfuerzo. La cucaracha se va convirtiendo en un hombre.

Esta suerte de homenaje a Kafka pero invirtiendo el



DAMEN GRENON

IAN MCEWAN

Sátira sobre la locura del Brexit

El novelista británico novela en 'La cucaracha' la montaña rusa en la que vive y padece su país. Trump y la Unión Europea tampoco se libran de esta mofa ácida y divertida, trasunto de la obra de Kafka

POR MANUEL LLORENTE

cambio ha debido ser el propósito de explicar las mutaciones o piruetas constantes que vive la sociedad británica ante el Brexit, en las que se han perdido y confundido las convicciones para dejarle llevar por el miedo al riesgo del vértigo o por la fascinación ante lo desconocido.

Tal vez ante las dos posibilidades. O mezcladas.

«Un día una cucaracha se despierta y se encuentra con una criatura gigante y este es el primer ministro. Es una sátira política. Mi cucaracha es una brexiter. Tenemos un primer ministro con un alto o un caro nivel de educación que ve su camino a través de una forma muy parecida a la de una cucaracha, que ignora el Parlamento, o que trata de ignorar-

lo, que traspasa la ley y que apela a su esencia de la misma forma que Trump. Parece absolutamente abandonado sin retorno a una forma de populismo de bajo nivel», ha dicho recientemente Ian McEwan (Aldershot, 1948).

En la novela, ese hombre que fue cucaracha «se había

sometido al espíritu colectivo. Y ahora era un elemento minúsculo de un plan cuya magnitud no podía abarcar ni entender ningún individuo». El hombre-cucaracha, o la cucaracha-hombre, despierta a una realidad en la que una asistente, a las siete y media de la mañana, le trata como «primer ministro» y recuerda que le espera una reunión del gabinete a las nueve y una rueda de prensa al mediodía. «En el espacio donde había tendido antes unas delicadas pinzas se movió la malsana masa de tejido compacto y brotaron sus primeras palabras. 'Está bien'.

Alguien podría acordarse de la escena de 2001. *Una odisea del espacio* en la que un cavernícola, el líder de la tribu más fuerte, golpea con un hueso el esqueleto de un animal mientras retumba Así ha-

bló *Zaratustra* de Richard Strauss. En la película de Stanley Kubrick ese animal que acabará siendo hombre encuentra placer en la destrucción. Y cada vez insiste con mayor ímpetu.

La novela de Ian McEwan es un disparate. Una reacción divertida, esa risa que surge a veces ante una situación incomprensible, que desborda. La cucaracha también es Gulliver, que despierta en Liliput, un País del Nunca Jamás donde unos seres enanos le han hecho prisionero. Todo es mágico y todo es real. Como el Brexit, como el libro de McEwan, como la novela de Jonathan Swift. Todo es posible. McEwan ha parodiado esa montaña rusa en que se ha convertido su país. Cada mañana, durante meses, se asistía a una pirueta aún más atrevida que la anterior.

LA CUCARACHA
IAN MCEWAN
126 págs. Anagrama.
17,90 euros.
Trad: Antonio-Pro-
meteo Moya

Una cucaracha se despierta convertida en una suerte de Boris Johnson. Todo es delirante, si no fuera porque parece real

«Cuando la nación se desgarró, las normas constitucionales se dejaron de lado, el Parlamento se cierra para que el Gobierno no pueda ser desafiado en un momento crucial y los ministros mienten sobre ello descaradamente al viejo estilo soviético, y cuando muchos brexitistas en altos cargos parecen anhelar la catástrofe económica de no llegar a un acuerdo y los extremistas na-

cionalistas ingleses están atacando a la policía en la plaza del Parlamento, un escritor está obligado a preguntarse qué es lo que puede hacer. Sólo hay una respuesta: escribir». Eso dijo McEwan y eso es lo que ha hecho. Ridiculizando al primer ministro, Boris Johnson, James Sams en el libro. Obcecado con su idea, ignora todas las sugerencias no sólo de la oposición sino también de su partido. Así, no dudará en deshacerse de su secretario de Exteriores por cuestionar su política: se publica en un periódico algo más que un *affaire*, una historia de acoso. Con no escasa sorna, el *premier* le dice: «Sé cómo eran estas cosas antes. Unas cuantas zalamerías detrás de los archivadores. Pero los tiempos han cambiado. Me Too y todo eso». El cine no va más allá. No sólo le pide su carta de dimisión sino que le ofrece su peine para que, acompañado por un policía barbudo con un fusil automático, cuando salga al 10 de Downing Street salga aparente ante una nube de fotógrafos. Todo muy *british*.

No falta Trump en esta sarcástica y divertida mofa. El primer ministro británico oye, al fondo de una conversación telefónica con el presidente, «gritos y disparos, relinchos de caballos (...)». Tampoco se libra Bruselas del escarnio a consecuencia de una enconada polémica por los «helados moldavos», asunto nada trivial pues en el forcejeo para adaptar los ingredientes del producto moldavo a la legislación de la Unión Europea creaba tensiones diplomáticas entre Occidente y Rusia. Y así. El sentido del humor británico, que no nos falte.

